

«extiende hasta al polo. Aquel potentado, que falsamente se titula católico «de Oriente, y no es sino un cismático, arrojado del seno de la Iglesia verdadera, persigue y mata á sus súbditos católicos, y los instiga por medio de «una feroz crueldad á arrojarse á la insurreccion. Á pretexto de reprimir la «insurreccion, extirpa el Catolicismo, deporta poblaciones enteras á regiones «heladas, en los que se ven privadas de todo auxilio religioso y las reemplaza por sistemáticos aventureros. Quita los sacerdotes del frente de sus rebaños, les destierra, les condena á trabajos forzados y á otras penas infamantes. ¡Felices los que han podido huir, y van errantes sin asilo en extranjerastiempos! Aquel potentado, heterodoxo y sistemático, se arroga un poder que «ni siquiera tiene el Vicario de JESUCRISTO, pues pretende destituir á un obispo legalmente instituido por Nos, ¡insensato! ¡Ignora que un obispo católico, no puede dejar de ser obispo, ya se siente en su silla, ya esté relegado «á las catacumbas, pues su carácter es indeleble!

«Y nadie venga á decirnos que protestando contra tamaños atentados Nos «fomentamos la revolucion europea. Nos sabemos distinguir entre la revolucion socialista y los derechos legítimos de una nacion que lucha por su independencia y por su fe religiosa. Anatematizando á los perseguidores del «Catolicismo Nos cumplimos un deber sagrado de conciencia...»

Pio IX habló en aquella ocasion como Moisés al arrojar al suelo las tablas de la ley. La llama de una indignacion sobrehumana fulguraba sobre aquella frente coronada de blancos cabellos. Si el Czar hubiera oido aquella penetrante palabra, reconociera sin duda, que la verdadera soberanía estaba en el alma y en la dignidad del Pontífice, capaz de lanzar tan enérgico reto al autócrata mas poderoso y mas altivo.

La muchedumbre que escuchaba el anatema se sentia herida por una electricidad misteriosa. Nadie se atrevia á gemir, ni á respirar, como si desearan las circunstancias que el universo callara, para que no oyéndose en todo el ámbito de la tierra sino la voz de Pio IX llegara su eco al oido del tirano, y se convirtiera en cordero manso el lobo voraz.

En el consistorio celebrado el dia 27 de aquel mes y año Pio IX acentuó todavía mas la pontificia reprobacion de la conducta de la Rusia contra la Polonia.

Noble actitud que encontró admiradores hasta en los diputados del Congreso italiano. En efecto, en la sesion del dia 7 de mayo de 1864, Mr. Brofferio, dijo entre aplausos casi unánimes: «¡ Hé ahí un anciano fatigado, enfermo, sin recursos, sin ejército, así puede decirse al borde de su sepulcro, y «que no obstante tiene suficiente fuerza y valor para maldecir al Soberano «que ahoga á un pueblo! Al contemplar esta noble figura yo me conmuevo, «yo me creo transportado al tiempo de Gregorio VII, yo me inclino, yo «aplaudo.»

¡Y la Cámara aplaudió con Brofferio! ¡justo homenaje arrancado por la Providencia del corazon de unos opresores ante la virtud y el amor al pueblo de aquel á quien los mismos que aplaudian se preparaban á oprimir en nombre de los intereses de la libertad!

¿Cómo no vió la Italia, que el Pontífice que tanto se indignó al ver ultrajada la nacionalidad polaca, habia de ser indispensablemente el mejor defensor de la nacionalidad italiana, si no se hubiese convertido la cuestion de la independencia en bandera de aviesas y torcidas pasiones?

## CAPITULO LXVIII.

### SOLEMNÍSIMA FIESTA DEL CENTENAR DE SAN PEDRO.

No queriendo interrumpir los asuntos que dicen orden á la potestad espiritual del Santo Padre, vamos á dar cuenta á nuestros lectores de una solemnidad verificada en Roma con motivo del Centenar del martirio del Príncipe de los Apóstoles.

En la série de los Pontífices romanos que en cerca de diez y nueve siglos han regido el timon de la nave de la Iglesia, ninguno ha hecho cosas tan grandes como el inmortal Pio IX, ninguno ha reunido mayor número de veces el cuerpo episcopal del universo mundo al rededor de la cátedra apostólica.

Pio IX es incansable en el desempeño de las funciones de su altísimo ministerio, en dar esplendor á la Religion santa y en procurar por todos los medios posibles el mayor bien del inmenso rebaño del que es Pastor soberano.

Le hemos ya visto en el curso de nuestra historia congregar en Roma dos veces á los obispos del mundo cristiano, la primera, para la definicion del dogma de la Inmaculada Concepcion de la santísima Virgen, y la segunda para la solemnidad de la canonizacion de los Mártires del Japon.

El dia 8 de diciembre de 1846 dirigió una *Enciclica* á todos los prelados católicos invitándoles á asistir á las fiestas del Centenario de san Pedro que debian tener lugar en el mes de junio del año siguiente.

Tocando á su fin la presente obra no podemos detenernos en grandes descripciones, y hemos al mismo tiempo de ser parcos en presentar documentos. Sin embargo, son algunas de tal importancia que no pueden dejar de quedar consignadas en estas páginas.

Al aproximarse los dias de la solemnidad, cuando á pesar del estado de intranquilidad en que se encontraban los dos hemisferios, habian ya acudido á Roma cerca de quinientos obispos, mas de doce mil sacerdotes é inmenso número de fieles españoles, franceses, alemanes, belgas, suizos, ingleses, nor-



te-americanos, polacos y orientales y en suma de todas las partes del mundo, en términos que los conventos y hoteles no tenían ya donde recibir mas extranjeros, el cardenal-vicario publicó tres *invitos sacros*.

Hé aquí el texto del primero de estos documentos:

«Constantino Patrizi, por la misericordia de Dios, obispo de Porto y de Santa Rufina, cardenal de la santa Iglesia romana, arcipreste de la patriarcal basílica Liberiana, vicario general de la *Santidad de Nuestro Señor*, juez ordinario de la curia romana y de su distrito, etc.

«Nunca ha sido la solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo tan brillante y tan digna de consideracion especial como lo será este año por orden del Santo Padre. Nadie puede ignorar ya, y mucho menos vosotros, ó romanos, que á la gloria de la conmemoracion anual de su triunfo, añadiremos por la vez primera la centenaria celebracion de su ínclito martirio, despues de diez y ocho siglos que sellaron con su sangre la verdad evangélica. Y como la fe predicada y establecida en Roma por los príncipes de los Apóstoles, fue siempre fecunda en héroes que con emulacion constante supieron imitar su fortaleza generosa, el dia esplendoroso de la solemnidad secular será realzado por la canonizacion de muchos beatos que consiguieron la palma de los Mártires ó la auréola de los Confesores. San Leon en el sermón LXXXII sobre la Natividad de los Apóstoles, dijo á este propósito:

«Atestiguan los numerosos frutos que produjo el gérmen excelente de la semilla divina, los millares de mártires bienaventurados que émulos de los triunfos apostólicos, reunieron en esta ciudad pueblos distinguidos, procedentes de las mas apartadas regiones, y la coronaron con una especie de diadema formada con innumerables piedras preciosas.»

¡Oh dicha del Cristianismo y al mismo tiempo de esta Roma apostólica! Despues de tantos siglos distantes del presente, en que *Pedro y Pablo* murieron invictos en virtud de la sentencia impia de un déspota inhumano, ¡cuántas vicisitudes han cambiado la faz del universo! Los mas crueles perseguidores del nombre cristiano se han sucedido, desapareciendo al fin de un mundo que les abominaba; el imperio de la misma Roma pagana ha venido á tierra por el peso de sus grandezas y de sus crímenes; las invasiones de los bárbaros han refundido con nuevos elementos los pueblos antiguos; las leyes, las ciencias, las costumbres, los idiomas, todas las cosas, en fin, han tomado un aspecto diferente ó han caido en total desuso. Solo la Sede de Pedro, desafiando las puertas del infierno, no ha sido derribada jamás. Á través de todas las transformaciones que ha sufrido la sociedad universal, esta institucion, acreditando de esta suerte su origen divino, permanece aun y permanecerá siempre inalterable en su doctrina y en su poder moral, porque la fe de la Roma cristiana atraviesa los siglos, segura de contarlos todos hasta su consumacion. ¿Qué filósofo soberbio ni qué prohombre del paganismo hubiera podido imaginar hace diez y ocho siglos que serian estos los resultados de la venida á Roma de un pobre pescador de Galilea y de un judío que compartió con él las tareas del apostolado, participando despues de su martirio? ¿Quién no hubiera creído que la cruz elegida por *Pedro* y la espada que cortó la cabeza á *Pablo* sepultarian con su vida hasta el último eco de su predicacion unánime? Y bien. Dios realizó lo que hubiera parecido imposible al error y al orgullo del hombre. Diez y ocho siglos lo atestiguan con un hecho continuado y único en la historia de las generaciones humanas.

Y ahora que la impiedad y la incredulidad de la época presente, cuya vida y atentados apenas cuentan un siglo de duracion, creen poder conseguir que cese aquel hecho eminentemente divino, manifestado á través de las iras de los paganos y de los demás que se han transmitido de tiempo en tiempo la mision de contrarestar la vida, la firmeza y los progresos de la palabra de *Pedro* y de *Pablo*, es conveniente que aparezca mas vivo que nunca el convencimiento y el sentido de nuestra fe, como tambien el que se ponga de realce por medio de fiestas seculares que compensen las duras batallas que sostiene la Religion, la certidumbre que tenemos de la indefectibilidad de la Iglesia, manifestada en esta misma Roma, que por tener la Sede apostólica en el centro unitivo de aquella y su lugar mas resplandeciente.

Por lo cual, resolviéndonos anunciar en otra invitacion nuestra las sagradas funciones que con tan fausto motivo se celebrarán en la basílica Vaticana, en el dia de la fiesta, y en la Ostiense en el posterior, anunciamos en el interin por mandato de la *Santidad de Nuestro Señor* la novena acostumbrada de los *santos Apóstoles* en todas las iglesias de esta santa ciudad, en la confianza de que se verificará aun con mas solemnidad en virtud de las fiestas del Centenario.

Comenzará esta con la exposicion del augustísimo Sacramento, recitándose las preces acostumbradas, á las cuales seguirá la letanía Lauretana con las oraciones *Defende Deus, cujus dextra, Deus omnium fidelium*, etc., y las colectas del tiempo. Se cantará despues el *Tantum ergo*, concluyéndose con la bendicion del divino Sacramento.

Por concesion del *Santo Padre* pueden conseguirse por cada vez que se asista, cien años de indulgencia y la plenaria, concurriendo cinco, confesando, comulgando y pidiendo por la santa Iglesia, segun la intencion de Su Santidad.

Las comunidades pueden ganar estas indulgencias reuniéndose para la novena en su capilla respectiva. Pueden ganarla tambien los enfermos y aun los encarcelados, practicando aquellas obras que les serán conmutadas por sus confesores.

Queremos además que al sonar las doce en la vigilia toquen á fiesta durante una hora las campanas de todas las iglesias para invitar á los fieles á la santa alegría de la gloria apostólica.

Recomendamos despues á las señoras la observancia ya mandada del ayuno y de la abstinencia en dicha vigilia, la cual excluye hasta el condimento de graso, fuera de los dias exceptuados por indulto anual.

Mas al propio tiempo notificamos con gozo la benigna dispensa otorgada por el Santo Padre para el dia de los *Santos Apóstoles* y de la *Canonizacion*, ó sea, el 29 de junio, que cae este año en sábado. En dicho dia se podrá comer de graso, en atencion á la solemnidad centenaria.

Muévanos, en fin, á todos; ¡oh romanos! los obsequios que prestaremos á los príncipes de los Apóstoles, además de otras razones, la gratitud correspondiente á los favores conseguidos que son tantos cuantos son los siglos y los sucesos que señalan la proteccion de Dios sobre Roma. Muévanos además la necesidad de su proteccion apostólica contra la amenaza y las insidias de nuestros enemigos. Esperamos de los dos beatísimos Apóstoles que no solo será consolada la piedad de los creyentes, sino que tambien quedará conmovida la obstinacion de los impíos en presencia del espectáculo que ofrece en es-



ta ocasion Roma y su Pontificado. Espectáculo imponente en el cual el Episcopado católico y los fieles de todas las partes del mundo, corriendo presurosos y confiados á la tumba de *Pedro* y de *Pablo* nos recuerdan y traen á la memoria los sublimes pensamientos del Crisóstomo, que así hablaba ya en sus tiempos de Roma, envidiando su gloria, no desmentida por cierto en el transcurso de los siglos siguientes. ¡Metrópoli feliz! Este es el título mas hermoso de su grandeza... Mas que *todo lo demás, hé aquí los derechos gloriosos* que la hacen augusta y venerable. Lo que son los ojos para un cuerpo robusto y lleno de salud, es para ella la tumba de sus *Apóstoles*. No resplandece tanto la vasta extension del cielo cuando el sol la inunda con torrentes de luz, como brillan en aquel momento los rayos que *del mismo se difunden* y aparecen por todo el orbe. De aquí tomaron el vuelo Pedro y Pablo para subir al reino celestial... Y contemplad, ó hermanos, continúa el doctor elocuente, contemplad con religiosa veneracion la escena magnífica de la cual será Roma teatro en el dia de la resurreccion universal. ¡Qué don tan magnífico tributará entonces Roma al Dominador soberano, que es Dios! ¡Qué rica guirnalda colocará á sus piés! Y al presente ¡qué diadema tan espléndida corona la presente ciudad! ¡Cuántos y cuán nobles ornamentos! ¡Qué timbres tan numerosos reune en su seno! No es, por consiguiente, añade, el lujo de su opulencia, ni las columnas que la embellecen, ni todo el aparato de sus monumentos lo que reclaman nuestros homenajes: yo lo reservo para los dos cuerpos que forman el ornamento de Roma y sostienen al propio tiempo la Iglesia! ¡Quién me diera el poder de acercarme á ellos y de confundirme con aquellas reliquias preciosas!

Propterea diligo Romam, propterea urbem admiror (V. *hom. xxxii in Rom.*).

¡Comprended, ó romanos, vuestra grandeza religiosa, y conservaos dignos de poseerla!

Dado en nuestra residencia el 14 de junio de 1867.— C. Card. Vicario—Vicente, Canónigo Martini, secretario.»

La segunda de las invitaciones sacras fue de fecha del 15 designando los dias de la octava, en los cuales las cofradías de Roma debian dirigirse procesionalmente á la iglesia, en la cual se verificaria la conmemoracion de los santos Príncipes de los Apóstoles, segun lo prescrito por la constitucion *Admirabiles* del sumo pontífice Benedicto XIV.

La tercera invitacion fue de este modo:

#### CONSTANTINO PATRIZI, ETC.

«El dia 29 de junio del presente año será el dia mas memorable en los fastos de la Roma pontifical, por un doble título de alegría religiosa: el *décimo octavo centenario* del triunfal martirio de los santos *apóstoles Pedro y Pablo* y la solemne *canonizacion de veinte y cinco beatos*. Al desconocer la Roma pagana la verdadera Religion desconoció la verdadera virtud, y condenó á muerte á sus dos campeones primeros. La Roma cristiana, al renovar los honores diez y ocho veces seculares que tributa con todo el mundo fiel, á los dos *Príncipes de los Apóstoles*, exalta por juicio apostólico á otros héroes que hijos de la misma fe participaron en formas diferentes de la misma gracia de la santidad.

Al grandioso aparato de la patriarcal basilica vaticana corresponderá la majestad de las funciones sagradas que constituirán la doble fiesta.

Comenzarán con las vísperas papales acostumbradas de la vigilia.

En la mañana de la solemnidad y hora de las siete, tendrá lugar primeramente la procesion que inaugura el honor de los nuevos santos. Despues siguiendo en la basilica vaticana el resto del esplendoroso rito de la santificacion, cantará el *Santo Padre* la misa solemne.

El reverendo Capitulo vaticano completará la gloria del dia con segundas vísperas.

Entre tanto, el estampido del cañon del castillo de San Ángelo y al sonido de la campana del Capitolio todas las iglesias de Roma, como se acostumbra en tal circunstancia, anunciarán la fiesta durante una hora, con el fin de manifestar en la exaltacion realizada de los siervos de Dios *nuevas razones* de alegría cristiana.

Para que en una accion tan grande de la Santa Sede nada falte para el aprovechamiento espiritual de la multitud de fieles que se reunan en alas de su piedad, *la Santidad de nuestro señor Pio Papa IX*, concede la indulgencia plenaria, con perdon de todos los pecados, á todos los fieles indistintamente que arrepentidos, confesados y comulgados, ó con propósito al menos de comulgar en la semana siguiente, intervendrán en la ceremonia de la canonizacion, ó en la procesion precedente, ó visitarán en aquel dia la basilica vaticana.

La misma indulgencia plenaria concede Su Santidad á todas aquellas personas que viven en monasterios de clausura, ó en conservatorios, ó en otros pios lugares ó institutos de Roma, como tambien á los enfermos, á los encarcelados y á los impedidos legítimamente de concurrir por cualquier causa, con tal que, habiendo recibido los santos sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristia, se arrodillen ó se recojan devotamente del modo posible al disparo del cañon ó al sonido de la campana del Capitolio, y reciten tres veces la oracion del Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri, en honor de la santísima Trinidad, y en agradecimiento al bien que reportará la Iglesia católica por haberse aumentado el número glorioso de los Santos.

¡Romanos! Os dirémos una cosa únicamente. Imitad la piedad de tantos hermanos extranjeros venidos en esta ocasion de todas partes del orbe, y al concurrir al acto apostólico dad mejor ejemplo de fe y de piedad, considerando que sobre vosotros estarán fijas las miradas del universo.

Dado en nuestra residencia el 25 de junio de 1867.— C. Card. Vicario.— Vicente, Canónigo Martini, secretario.»

El dia 28 á las doce de la mañana se inauguraron las fiestas. El cañon del castillo de San Ángelo y las campanas de todas las iglesias de la ciudad las anunciaron.

Por la mañana la silla sobre la cual ejerció su autoridad suprema el primer Vicario de JESUCRISTO, fue trasladada por el Capitulo y clero de la basilica y su eminencia el Cardenal arcepreste desde el magnífico altar de bronce donde se guarda en el fondo del ábside á la capilla gregoriana de la Virgen, donde permaneció durante la octava, custodiada por una guardia de honor confiada á los zuavos.

Á las cinco y media de la tarde el Santo Padre acompañado de su corte, se dirigió á la sala de los paramentos donde era esperado por los eminentísimos señores cardenales, los reverendísimos señores patriarcas, arzobispos y obispos, los abades, generales y los penitenciarios vaticanos que tenian las



sagradas vestiduras. También se encontraban en el propio lugar el príncipe asistente al solio, el senador y los conservadores de Roma, diversos individuos de la prelatura y los demás que tienen puestos de honor en las funciones papales. En la dicha sala de los paramentos se ordenó la procesion que descendió por la escala real. En ella iba Pio IX revestido de los ornamentos pontificales llevado en la silla gestatoria.

En el pórtico de la gran basilica el cardenal Mattei, arcipreste de la misma acompañado del Capítulo y clero aguardaba al Santo Padre para recibirle.

Apenas el Jefe supremo de la Iglesia, hubo entrado en San Pedro se dirigió á la capilla del santísimo Sacramento para adorar á la Majestad divina, y colocándose de nuevo en la silla gestatoria se dirigió al altar papal. Colocado en el trono recibió la obediencia del sacro Colegio, entonando en seguida las Vísperas, que fueron cantadas por los capellanes cantores pontificios.

Luego que se hubieron terminado las Vísperas, fueron presentados á Su Santidad los nuevos pálios arzobispales que bendijo con las ceremonias de costumbre. Despues se colocaron sobre el altar de la confesion, siendo por último encerrados en una urna sobre el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles.

Por la noche se verificó la iluminacion de la fachada y de la cúpula de la basilica. Varias veces hemos presenciado este grandioso espectáculo y cada vez nos ha admirado mas. Vamos á ceder la palabra al Excmo. Sr. Pacheco, fiel observador de las cosas de Roma, en cuya santa Ciudad cambiaron de un modo notable sus ideas:

«Otra cosa es, dice, la iluminacion de San Pedro. Esta si que no puede verse sino en la antigua ciudad, por la sencilla razon de que en ninguna otra parte hay un templo como San Pedro, ni una plaza como la del Vaticano. Esta si que merece sinceros y cumplidos elogios. Esta si que puede envanecer á un pueblo cuanto cabe que un pueblo se envanezca de luminarias.

«La iluminacion de que hablamos es doble. Al anochecer, y si bien rápidamente al cabo por los procederes ordinarios, se encienden millares de pequeñas luces que señalan todas las líneas de la gran fachada y de la columnata del Bernini, dibujando, por decirlo así, con fuego esta moderna maravilla del mundo. Y nos valemos de la expresion, pequeñas luces, no porque lo fueran realmente en cualquier otro edificio las que allí arden, sino porque lo parecen de hecho ardiendo en aquella inmensidad. Es un sin fin de chispas, de estrellas, de luceros, de oro, que no dejan sin demarcar el mas sencillo accidente, el mas tenue resalte de la obra.

«Realizado así, completada esa bella iluminacion, y oscura á la par la extendida plaza que rellenan cien mil espectadores, todo el concurso aguarda con paciencia, porque saben que no es aquel el término del espectáculo. Complace sin duda, se alaba lo que se tiene delante; pero ya se está en el secreto, y se espera ver alguna cosa mejor. Las princesas romanas y las damas rusas toman sorbetes en sus coches, esperando la hora señalada; el cardenal secretario de Estado obsequia á los representantes extranjeros en un edificio de la cámara apostólica, situado en un extremo de la plaza, á donde los invita constantemente para todas las fiestas que se ejecutan en su recinto.

«En medio de la espectacion general, el reloj de San Pedro comienza á dar las nueve. Á la primera campanada un súbito murmullo hace entender que ha llegado el momento, y una gran antorcha que se descubre al pié de la cruz

es la señal del repentino, del instantáneo cambio. Sin verse cómo, las antiguas luces quedan eclipsadas, porque en medio de ellas y por toda la extension de la fachada y de la plaza aparecen otras infinitamente mayores. Aquello ha sido un golpe de magia, un trueque de decoracion que diriais imitado en un teatro, ó mas bien de un cuento oriental. Centenares de hombres invisibles lo han producido en un instante solo. Hasta en lo alto de la Cruz, hasta en las extremidades de sus brazos, se alzan y ven pendientes los grandes fuegos. La iluminacion está completa, con su bellísima variedad, con su claridad sorprendente, con su hermosura incomparable.»

La pintura que acaba de leerse es bastante aproximadamente exacta, y nos servimos de este adverbio porque es imposible pintar con completa exactitud aquel poético espectáculo que es necesario ver para poderlo comprender suficientemente. Aquel globo de fuego, que parece desafiar á las nubes, arrebatada y convence de que los romanos no tienen competidores en punto á saber iluminar, como no los tienen en las bellas artes.

Antes de llamar la atencion del lector hácia el dia de la fiesta, insertaremos un documento que no debe faltar en esta descripcion y es la

*Alocucion pronunciada por nuestro santísimo padre Pio IX en el consistorio público de 26 de junio.*

«Venerables hermanos: Gran consuelo y alegría tenemos, en medio de nuestras grandísimas tribulaciones, al gozar nuevamente de vuestra agradable presencia y compañía, y al poder dirigiros la palabra, venerables hermanos, en esta dignísima reunion. Pues vosotros, conducidos á esta ciudad desde todos los países de la tierra por indicacion de nuestro deseo y por inclinacion de vuestra religiosidad, vosotros que os distinguís por vuestra singular piedad, llamados á compartir nuestros desvelos, nada considerais tan preferente como el proporcionarnos vuestro auxilio en estos tan calamitosos tiempos para defender los intereses católicos y procurar la salvacion de las almas, y dar cada dia mayores testimonios de vuestra adhesion y deferencia hácia esta cátedra de Pedro. Gozamos vivamente con esta vuestra reunion, y con este nuevo testimonio y argumento de vuestra piedad y adhesion recordamos mas agradablemente los que hasta este dia nos habeis dado de continuo y sin arredraros, con unanimidad completa, no con una clase de desvelos, sino con no interrumpidos cuidados. Y fijado hondamente en nuestro ánimo, en donde quedará grabado para siempre el recuerdo de cosas tan agradables, hace que el impulso de nuestra caridad, mucho mas vivo y enardecido que otras veces, tienda á manifestarse abierta y públicamente, con claro testimonio é indudables manifestaciones, hácia todo vuestro orden.

«Pero si este recuerdo de tiempos anteriores hecho breve y rápidamente nos anima y consueta tanto, creemos que vosotros mismos, venerables hermanos, habréis de comprender fácilmente qué alegría anima, qué caridad llena hoy nuestro corazon al gozar nuevamente de vuestra presencia y adhesion, ya que de los mas remotos países católicos, sabido nuestro deseo, habeis acudido unánimes á Nos llevados de vuestra adhesion y piedad. Pues nada puede sernos mas apetecible, nada mas agradable que tratar en vuestra reunion, y aprovechar el resultado de vuestra congregacion en nuestra presencia, señaladamente en estas próximas solemnidades, en las que todas las cosas que tenemos á la vista nos hablan de la unidad de la Iglesia católica,